

desde el campo opuesto al señalado, intentan defender, con nueva e interesada vitalidad, las concepciones más arcaicas e inmovilizadoras de la cultura valenciana. Los valores y argumentos que este sector pone en pie corresponden realmente a la época anterior, si bien lo hace con un vigor y un entusiasmo nuevos, como queriendo probar que no se ha quedado atrás en la reciente carrera de amorosas declaraciones a Valencia. Así, Vicente Escrivá —que hizo cine religioso, cuando el género recibía fuertes subvenciones estatales, y anda ahora sacándole dinero al cine erótico— acaba de darle a Valencia, con "El virgo de Visanteta", basada en el sainete de Bernat i Baldoví algo así como su "primera película" nacional. De un periódico valenciano es este texto, presidido por la foto de la actriz vestida de valenciana: "... Si la semana ha traído, en lo deportivo, el triunfo obtenido por el Valencia Club de Fútbol en el torneo futbolístico para el Trofeo Naranja, que es un éxito resonante de nuestro primer equipo, en lo cinematográfico el éxito permanente lo sigue constituyendo la proyección en la pantalla del cine Serrano de 'El virgo de Visanteta', la sensacional película valenciana de Vicente Escrivá, cuyo triunfo puede asegurarse es el más rotundo que jamás se ha registrado en Valencia... Y es que esta producción rezuma valencianía, gracia y sal de la tierra. Bernat i Baldoví puso la chispa socarrona, popular e intencionada, de su historieta. Vicente Escrivá aprovechó lo básico del relato para darle un contenido moderno... El conjunto todo de una película que refleja en la pantalla tipos y dichos que todavía persisten en algunos rincones de nuestra geografía, de la que, aparte la historia en sí, se nos muestran parajes bellísimos. Y, lo que es más, todo dicho en valenciano".

Ya se sabe que cada película defiende su comercialidad como puede. No es el fin ni el tono de la gaceta —camuflado como artículo de primera página— lo que puede sorprendernos, sino sus argumentos, cuanto hay de pastel inmenso y desgovernado hecho con el Trofeo Naranja, el equipo de fútbol, el virgo de Visanteta, la sal de la tierra, los paisajes y el idioma. Pastel, que a fin de cuentas, sólo pretende capitalizar en las taquillas del Serrano el "neovalencianismo" de nuestros días, pero que acaba por dar, ante el lector medio, una imagen decidi-

damente ridícula de lo autóctono.

Otro caso, éste reverencial y religioso, mucho más solemne, pero con el mismo aroma, es el de la protesta del presidente de la Diputación, cursada telegráficamente a Pío Cabanillas ante el anunciado estreno madrileño del film "La portentosa vida del padre Vicente", interpretado, para más inri, por el réprobo "joglar" Albert Boadella. El telegrama, entre otras cosas, dice: "En cumplimiento de la obligación que incumbe a esta Diputación Provincial, pedimos al ministro de Cultura que actuando en conservación y defensa del legado histórico y cultural de los pueblos de España, prohíba la proyección del referido film, tanto en Madrid como en el resto de España, por suponer un ataque incalificable y vergonzoso al honor del pueblo valenciano en la figura cumbre de su hijo más ilustre e insigne en la Historia, literatura, política y personalidad religiosa con el cual el pueblo se halla entrañablemente vinculado, sea cual fuere su tendencia o manera de pensar". ¡Lástima que esa misma Diputación, administradora del teatro Principal, no haya puesto en el empleo "cultural" de dicha sala el mismo celo que pone ahora en defender la memoria de San Vicente Ferrer! ¡Lástima que esa preocupación por el "pueblo valenciano" no se traduzca en decisiones culturales que enriquezcan su presente teatral!

De nuevo, como ocurría en las líneas anteriores, no hay razón para sorprenderse ante los fines perseguidos. De las Diputaciones es propio hacer este tipo de protestas, aunque supongan solicitar la cacería personal de un ministro en lugar de acogerse a los procedimientos ordinarios. Lo que, sin embargo, parece claramente ligado a nuestros días es esa exacerbación de la retórica "valencianista", que, en el caso de la Diputación, nos revela además una significativa contradicción entre el ardor puesto en la defensa del legado histórico y la atención crítica al presente.

En el fondo, se debate un hecho del que depende, en gran medida, la posible consolidación y sentido de las autonomías: saber si, más allá del deseo de unos pocos, la inmensa mayoría de quienes componen los distintos pueblos del Estado español asume hoy su particularidad como un factor activo y creador o como un simple "legado" de nombres, símbolos, hechos históricos y ceremonias folklóricas. ■



Keith Moon: el loco de la batería

KEITH Moon, treinta y dos años de edad, murió el pasado jueves. El batería de los Who ha desaparecido víctima de una sobredosis, uno de esos frecuentes accidentes que amenazan a los usuarios de drogas fuertes. Nuevamente, se hace necesario tragarse el gesto de sorpresa: Moon, un personaje jovial y exuberante, no parecía un candidato para un final tan estúpido.

La noticia ha sonado como otro martillazo en el semicerrado ataúd del rock de los sesenta del que los Who eran uno de los más ilustres supervivientes. El grupo había acabado un largo período de inactividad con el reciente lanzamiento de un nuevo disco titulado "Who are you" al que iba a seguir una especie de film autobiográfico describiendo los quince años de los Who y su insólita identificación con los avatares vitales de su público. Paralizados en los últimos tiempos por las dudas de Pete Townshend, compositor y portavoz oficial del cuarteto, ahora parecía que volvían a la vida: nuevamente se hablaba de que retornaban a las actuaciones en directo y que su próxima gira incluiría, al fin, la tantas veces programada visita a España. Tras la tragedia, se hace difícil concebir a sus compañeros juntos en un escenario.

Los Who hacían una música excepcionalmente potente y cargada de ideas. Era el resultado de la improbable combinación de cuatro personalidades bien distintas. Townshend era el músico honesto, constantemente interrogándose sobre la sinceridad de sus canciones y de la banda. Delante suyo se movía el leonino Roger Daltrey, imbuido de la especial aureola del narcisismo típico de los "rock stars". En un rincón tocaba el bajo una sombría figura llamada John Entwistle, que frecuentemente nos turbaba con canciones empapadas de humor negro. Y al fondo, meneándose como un derviche encadenado, el señor Keith Moon.

Moon era un espléndido percusionista al que hay que agradecer su importante contribución al "sonido Who". Musicalmente, era el menos ambicioso del cuarteto. Su única aventura en solitario fue un modesto LP hecho con la colaboración de sus amigos de Los Angeles que se tituló "Two sides of the Moon" y que demostró que su voz era aún más insignificante que la de su complice Ringo Starr: el disco se planteó como un juego y sólo en ese espíritu lúdico puede ser entendido. Pero Moon se hizo más temido por su incansable devoción a las "practical jokes". Extrovertido y extravagante, sus hazañas en los hoteles donde pernoctaba durante las giras del grupo hacían pensar en el humor arrollador de los hermanos Marx. Sus aterradoras ocurrencias le hicieron merecedor de un puesto de honor en los abultados anales de la excentricidad británica: ciertamente, su energía y su imaginación, convertían su chifladura en un arte que desinflaba muchos de los absurdos del mundo que le rodeaba.

Genio o lunático, Keith Moon era el elemento aglutinante de los Who. Su muerte oscurece aún más el horizonte de uno de los más inspirados grupos nacidos en una década rebelde y frenética.

■ DIEGO A. MANRIQUE